

C
910

A

DR721

A4

v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
RICARDO



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMP. DE LA VIUDA DE J. M. PEREZ, CORREDERA BAJA, 41.

82018

LAS TURCAS.

Es gran sorpresa para quien llega á Constantinopla despues de haber oido hablar tanto de la esclavitud de las mujeres turcas, ver mujeres por todas partes y á todas las horas del dia, ni más ni ménos que en cualquiera otra ciudad europea.

Y se le figura al recién llegado que precisamente en aquel dia y en aquella hora se ha dado suelta á todos aquellos pájaros abriéndoles la jaula, como si hubiera sonado el minuto preciso en que comienza una nueva Era de libertad para el sexo bello musulman.

La primera impresion es curiosísima.

El extranjero se pregunta al ver todas las mujeres con aquellos velos blancos y aquellas largas capas de colores arlequinescos, si son máscaras ó monjas ó locas; y además, como no se ve á ninguna acompañada de hombre, se piensa que no deben pertenecer á ninguno, que sean todas solteras ó viudas ó que pertenecen en conjunto á algun retiro de mal casadas.

En los primeros días no puede uno persuadirse de que todos aquellos turcos y todas aquellas turcas que se encuentran y se rozan sin mirarse y sin acompañarse jamás, tengan algo de comun. Y á cada momento hay necesidad de pararse para observar tan extrañas figuras y meditar sobre tan extravagantes costumbres.

¡Pero son estas de verdad aquellas *vencedoras de corazones*, aquellas *fuentes inagotables de placer*, aquellas *hojitas de rosa*, y *was de primicia*, y *rocto matinal*, y *auroras*, y *vivificadoras*, y *lunas esplendentes* de que mil poetas nos llenaron el seso? ¡Éstas las *hanum* y las misteriosas odaliscas que hace veinte años, leyendo las baladas de Víctor Hugo á la sombra de los árboles, hemos soñado tantas veces, creyéndolas criaturas de otro mundo, de las cuales un solo abrazo habría consumido toda la fuerza de nuestra juventud? ¡Éstas las bellas infelices ocultas tras las celosías vijiladas por los eunucos, separadas del mundo, que pasan sobre la superficie de la tierra, como gusanos, arrojando un grito de voluptuosidad y un grito de dolor?...

Veamos qué hay de verdad y realidad en toda esta poesía.

*
*
*

Ante todo, la cara de la mujer turca no es un misterio; y por consiguiente, gran parte de la poesía que circundaba al tipo queda suprimida. Aquel celoso velo que segun el Coran debía de ser «signo de virtud y freno á las murmuraciones del mundo,» no existe sino en apariencia.

Todos saben cómo está formado el *jasmac*; dos grandes velos blancos, uno ceñido á la cabeza en forma de venda cubre la frente hasta las cejas, se ata detrás en el cabello sobre la nuca, y cae por la espalda en dos tiras hasta la cintura; el otro cubre la parte inferior de la cara y va á atarse donde el primero, de suerte que resulta un solo velo.

Pero estos dos velos, que debieran ser de percalina y tan cerca uno de otro en sus orillas que apenas habían de dejar espacio por donde se asomasen los ojos y la parte superior de las mejillas, son en cambio de clarísimo tul, y tan separados que dejan ver, no solo la cara, sino las orejas, el cuello, las trenzas y con frecuencia hasta los sombreros á la europea, adornados de plumas y flores que llevan las señoras *reformadas* ó *renegadas*.

Y por esto sucede precisamente hoy lo contrario de lo que ocurría antes, cuando era lícito á las mujeres viejas ir con la cara un tanto descubierta, mientras que rigurosamente se prohibía semejante libertad á las jóvenes. Ahora son las

jóvenes, y especialmente las bellas, las que más enseñan, y las viejas las que más ocultan para engañar al mundo.

De aquí que, una infinidad de bellos arcanos y de encantadoras sorpresas, narradas por poetas y novelistas, no se dan en el presente; y es pura fábula, por tanto, eso de que el esposo vea el semblante de su prometida por primera vez la noche de boda.

Pero excepcion hecha del rostro, lo demás todavía permanece escondido; no hay manera de divisar ni seno, ni cintura, ni brazos, ni caderas: el *fereché* (1) oculta severísimamente todo. Es una especie de túnica, guarnecida de esclavina, con mangas larguísimas, ancha, sin garbo ni elegancia alguna, cuya caída es á la manera de capa desde los hombros á los piés, de paño en invierno, de seda en verano, y siempre de un solo color, por lo general vivo, rojo subido, anaranjado, verde; predominando, segun las modas del año, uno de esos tonos sobre los otros.

Mas no obstante, es tal la forma de arrebujarse en aquel saco, tal el arte con que se ajustan el *jasmac*, que las bellas parecen bellísimas, y las feas, graciosas. No se llega á adivinar en qué estriba la gracia con que disponen los dos velos, á manera de corona ó de turbante; con qué soltura y

(1) Capa ó sobretodo.

qué nobleza recogen los pliegues y sobreponen unos á otros paños; con qué ligereza y qué elegante descuido los recogen ó dejan caer; cómo los hacen servir al mismo tiempo á sus coquetones designios de mostrar, esconder, prometer, proponer acertijos á las miradas curiosas ó revelar inesperadamente pequeñas maravillas. Pero es el caso que de alguna se diría envuelve su cabeza con nube que debe evaporarse al menor soplo; de otras, que guirnaldas de lirios y jazmines oprimen sus sienes; y de todas, que su cútis es blanquísimo, tomando de aquellos velos tonos niveos, apariencias mórbidas y frescura y lozanía que enamora. Es un tocado á la par austero y risueño, en que se descubre algo sacerdotal y algo virgíneo, y bajo el que no se convence uno de que puedan nacer sino pensamientos de gentileza y alegría y caprichos de inocencia y de candor...

Pero... debajo de aquel tocado, nace y crece y se desarrolla un poco de cada cosa.

* * *

Es difícil definir la belleza de la turca. Lo único que aventuro es que cuando pienso en ellas,

veo un velo blanquísimo, dos ojos negros, una boca purpúrea y una expresion dulce.

Casi todas, empero, se pintan.

Se blanquean el rostro con pasta de almendras y jazmines; se agrandan las cejas y espesan el entrecejo con tinta china; se tiñen los párpados, se enharinan el cuello, se dibujan un círculo negro alrededor de los ojos, y se marcan lunares en las mejillas. Pero hacen todo esto con muchísima gracia, no como las bellas de Fez, que se dan brochazos dignos de albañiles que revocan fachadas. La mayoría de las fisonomías se encierran en un contorno oval; la nariz es pequeña y un poco corva; los lábios gruesecillos; la barba redonda y algo partida; muchas lucen tambien este oyuelo en los carrillos; hermoso cuello largo y flexible; manos pequeñas, casi siempre cubiertas,—¡lástima!—por las mangas del saco. Por lo comun, son mujeres regordetas, y hay muchísimas de estatura algo más que mediana: rarísimas se ven parecidas á las anchoas y suegras de rosca que se usan en nuestros países. Un defecto comun les alcanza: el de andar encorvadas y descompuestas, con un cierto abandono de chicuelas crecidas y puestas de largo de repente; lo cual hay que atribuir á la molicie de los miembros á causa del abuso del baño, y acaso al calzado abierto y desmañado.

Para prueba de lo último, baste señalar que existen mujercitas elegantísimas, con un pié in-

verosímil, calzadas con babuchas de hombre ó zapatones largos, anchos, deformados y estropeados hasta tal punto, que una mendiga europea se desdenaría de calzar. Pero aun dada aquella desgarbada manera de andar, hay una determinada gracia infantil que, cuando se ha habituado la vista, no desagrada.

Dicho se está que no se encuentran tipos de figuras espetadas, figurines de modistas, tan frecuentes en nuestras ciudades europeas, que andan á paso de muñeca, y que van saltando al estilo de pieza de ajedrez. Todavía no perdieron la blandura de movimientos y el descuido natural del modo oriental de caminar; y si lo perdiesen, quizá resultarían más majestuosas, pero ménos atractivas. Véanse mujeres lindísimas y de belleza variada hasta el infinito: como que se juntan la sangre turca, la circasiana, la árabe, la pérsa. Existen matronas de treinta años, de opulentas formas, que no basta á velar el *fereché*, altísimas, con grandes ojos oscuros, lábios ligeramente pronunciados, narices dilatadas—pedazos de *hanum* capaces de infundir miedo á cien esclavos con una mirada—y al verlas, ¡se rie uno de la ridícula y temeraria fanfarronada de aquellos señores turcos que pretenden ser cuatro veces maridos! Las hay chiquititas y rechonchas, que todo en ellas es hinchado y redondo:—cara, ojos, nariz, boca—y un aire entre tranquilo y benévolo, de niña, mezcla-

do de resignacion tan dócil para con su suerte y su destino, de conviccion de servir como mueble y recreo, que dan ganas al pasar á su lado de meterles un caramelo en la boca.

Despues se encuentran los esbeltos tipos de las desposadas de diez y seis años, atrevidas y nerviosísimas, con las pupilas que revelan caprichos y astucias, que despiertan un sentimiento de piedad para el pobre *effendi* (1) que se halla encargado de refrenarlas y el desgraciado eunuco que no ha de perderla de vista.

Y la ciudad encaja perfectamente como marco al cuadro, por decirlo así, prestándose á las mil maravillas para que resalte la belleza de aquellas mujeres y la de sus trajes. Es preciso verlas con el velo blanco y el *fereché* púrpura, sentadas en una lancha, en medio del azul del Bósforo, ó echadas sobre la yerba en medio del verde oscuro de los cementerios, ó mejor verlas avanzar por una callejuela pendiente y solitaria de Stambul, esperando abajo para mirarlas de cerca, luego de observadas en perspectiva, sirviendo de fondo al término de la calleja un gran plátano; y si corre viento, velos y *fereché* se despliegan, descubriendo cuello, pié y... y entonces aseguro á mis lectores que si estuviese en vigor el indulgente decreto de

(1) Título de cualquier docto ó funcionario del orden civil.

Soliman el Magnífico, que pena con crecida multa cada beso dado á la mujer ó á la hija del prójimo... pegaria un puntapié á la avaricia del mismísimo Harpagon!!

Y no se da el caso de que cuando sopla el viento se afane y preocupe la mujer turca por mantener bajo el *fereché*, porque el pudor de las musulmanas no llega más que hasta las rodillas, y á veces se detiene antes de este límite.

*
*
*

Una cosa que desconcierta á no pocos europeos es la manera de mirar y reir de las turcas.

Acontece á menudo que un jóven de los nuestros, mirando á una de estas mujeres, aun las de alto bordo, reciba en cambio de su atrevida y tenaz mirada otra de simpatía ó una franca sonrisa. Tampoco es raro que una bella *hanum* que va en coche, haga, á escondidas del eunuco que la acompaña, un gracioso saludo con la mano al jovenzuelo franco que la miró, y que ella le paga con la mencionada y placentera fineza. Recorriendo un cementerio, ó en solitaria calle, ocurre que tal caprichosa turca se arriesga á dejar caer una flor al

paso de un buen mozo europeo, desde la celosía de un ajimez, ó estando ella tambien en la apartada calleja, se permite echarla al snelo, con la manifiesta intencion de que recoja la flor el trovador que la persigue.

Y por tales muestras se da el caso de que haya cándidos europeos que al mes de residir en Constantinopla, crean de buena fé que robaron la paz del corazon á centenares de desventuradas! Cierto que en tales pruebas ha de reconocerse la expresion ingénua de simpatías; mas entra por mucho un espíritu de rebelion que todas las turcas encierran en su alma, originado del tédio de la sujecion en que vejetan, y al cual dan expansion pueril cuando y como les es posible, mediante insignificantes monadas, ya que no sea por causar despecho, aunque en secreto, á sus tiranos, complaciéndose en faltar á la fidelidad con el pensamiento.

Obran, pues, más bien por tendencias infantiles que por coquetería. Y así su coquetería pertenece á una índole, ya que se la clasifique, verdaderamente singular, pues se asemeja mucho á las primeras experiencias de las muchachas cuando empiezan á advertir que se las mira de cierto modo. Es un reir, ún quedarse fijas con la boca abierta en actitud de estupor, un fingir que les duele la cabeza ó el pié, un género tal de movimientos para denotar que les embaraza el *fereché*,

un estirar y recoger las vueltas de sus collares, que mejor convencen de que lo hacen para entretenerse y divertirse, que no por enamorar y seducir galanes. Jamás adoptan una actitud propia de los salones ó de los retratos de fotografía. Lo poco de arte que emplean se reduce propiamente á un arte primitivo, rudimentario. Claramente se adivina, en suma, que no poseen grandes medios que derrochar en estudiadas coqueterías para hechizar á los hombres, segun notaría Tommaseo; que no están acostumbradas á los largos sistemas de enamorar, persuadiendo por el método de la mujeres *geroglíficas* de que habla Giusti «siendo perseguidas con mutismo;» y en fin, que cuando sienten una simpatía, en lugar de pasarse la vida suspirando y dando rienda suelta á las pupilas en continuo giro, dirían derechamente, si pudiesen expresar sus sentimientos:

—¡Cristiano, me gustas!

No pueden decirlo con la voz, y lo dicen francamente, mostrando dos lindas filas de brillantes perlas, ó sea, riéndose con descaro.

Son bellas tártaras civilizadas.

*
*
*

Y son libres; es una verdad que el extranjero reconoce palmariamente al punto que llega.

Desechemos las exajeraciones de Lady Montague, sin embargo, que afirma que son más libres que las europeas; pero cualquiera que ha estado en Constantinopla no puede ménos de reirse cuando oye hablar de la *esclavitud* de las turcas. Cuando las señoras quieren salir, ordenan á los eunucos que preparen el coche, y salen, sin pedir permiso á nadie, volviendo á la hora que les place, con tal que sea antes de oscurecer. Antes, no salían sino acompañadas de un eunuco, de una esclava, de una amiga, y aun las más osadas, si no querían acompañantes, habían forzosamente de llevar consigo un hijo ó un chicuelo, que sirviese como de título al respeto de las gentes. Si alguna se dejaba ver sola en sitio extraviado, exponíase á que la detuviera cualquier guardia municipal ó cualquier viejo turco rigorista, que la paraba preguntándole:

—¿Dónde vas? ¿De dónde vienes? ¿Por qué no te acompaña nadie? ¿Así respetas á tu *effendi*? ¡Vuélvete á casa inmediatamente!

Pero ahora, salen solas por cientos, y se las ve á todas horas por las calles de los barrios musulmanes lo mismo que por las de la ciudad franca. Van á visitar á las amigas de extremo á extremo de Stambul, á pasar la mitad del día en las casas de baños; hacen excursiones embarcadas:

los jueves, á las Aguas Dulces de Europa; los domingos, á las Aguas de Asia; los viernes, al cementerio de Scutari; los demás días, á las islas de los Príncipes, á Terapia, á Bujukderé, á Kalender, con objeto de merendar con sus respectivas esclavas, por grupos de ocho en ocho ó de diez en diez; van á rogar ante la tumba del Gran Bajá ó de la Sultana; á curiosear los conventos de los dervis; á remirar las muestras públicas de los corredores nupciales, y no hay sombra de hombre, no ya que las acompañe, sino que aun yendo solas, se atreva á dirigirles la más mínima observacion. Encontrar á un turco, no digo del brazo, sino al lado ó parado un instante conversando con una *velada*, aunque llevasen escrito ambos en la frente que son marido y mujer, parecería á todos la más rara de las rarezas imaginables, ó mejor, la más inaudita imprudencia; ni más ni ménos que si en las calles de nuestras ciudades se parasen un hombre y una mujer para hacerse declaraciones amorosas en alta voz.

Bajo este respecto, las turcas gozan realmente de mayor libertad que las europeas. Y no se puede narrar hasta qué punto la disfrutaban, y con qué loco deseo gozan de ella corriendo con estrépito en medio de la multitud, á la luz del día, sin trabas de ninguna especie, éllas, que en casa no ven sino á un único hombre, y se hallan encerradas entre ventanas y jardines claustrales: salen y cor-

retean por la ciudad, con la alegría de prisioneras libertadas.

Hay para divertirse con seguir á una cualquiera la pista desde lejos, sorprendiendo cómo saben apurar los goces minuciosos y los placeres refinados de la bohemia ó de la vagancia.

Van á la mezquita, vecina á sus casas; rezan y charlan en el pórtico del patio un rato con las amigas; despues, de tiendas, haciendo que revuelvan los comerciantes medio almacén, para comprar luego cualquier bagatela; toman en seguida el tranvía, y se bajan en el mercado del pescado, pasan el puente, se paran á contemplar todas las trenzas y todas las pelucas y bisoñés de las peluquerías de Pera; entran en un cementerio y se comen unos dulces sobre una tumba cualquiera; vuelven á la ciudad, descienden nuevamente al Cuerno de Oro, doblando cien veces las esquinas y mirando con el rabillo del ojo todo: escaparates, estampas, anuncios, señoras que cruzan, coches, muestras de las tiendas, puertas de los teatros; compran un ramito de flores, beben la limonada del aguador, dan una limosna, vuelven á atravesar el Cuerno de Oro en lancha, principian otra vez á cruzar y espaciarse por Stambul; más tarde toman de segundas el tranvía, y llegadas cerca de sus casas, son capaces de volver atrás para dar un rodeo de cien pasos en torno de un grupo de casuchas, ó la vuelta á una manzana, lo

mismo que los muchachos que salen solos la primera vez, y que quieren gustar de todo un poco en aquella hora de libertad.

Un pobre effendi corpulento que pretendiese seguir á su mujer por si dá algun mal paso ó descubrir alguna infidelidad, quedaría con las piernas rotas á mitad de camino.

* * *

Para ver el bello sexo musulman, es preciso ir en dia de fiesta á las Aguas Dulces de Europa, al fondo del Cuerno de Oro ó á las de Asia, cerca de la aldea de Anaduli-Hissar, que son dos grandes jardines públicos cubiertos de bosquecillos espesísimos, atravesados por dos riachuelós y cuajados de fuentes y de cafés.

Allí, sobre vasto llano cubierto de musgo, á la sombra de los nogales, de los terebintos, de los plátanos, de los sicomoros, que forman interminable sucesion de pabellones verdes, heridos siempre, mas no atravesados jamás por los rayos del sol, se ven multitud de turcas sentadas en círculo, distribuidas en grupos variados, rodeadas de esclavas, de eunucos, de chiquillos que meriendan

y corretean medio día, en medio de constante vaiven de gentes que por oleadas llegan ó se marchan.

Disfrutar de la escena, equivale á quedar atónitos.

Es una fiesta del paraíso musulmico.

Aquel sinnúmero de velos blancos y de *fereché* escarlatas, amarillos, verdes, cenicientos, los infinitos grupos de esclavas vestidos de mil colores, el hormiguero de niños en traje de mascaritas, los grandes tapices de Smirna por el suelo, las vajillas de plata y doradas que pasan de mano en mano, los cafeteros musulmanes en uniforme de gala, que corren llevando frutas y helados, los zíngaros que danzan, los pastores búlgaros que tocan, los caballos lujosamente enjaezados de seda y oro que piafan atados á los árboles, los Bajás, los Bey, los jóvenes señores que galopan ginetes en briosos brutos á lo largo del río, el movimiento de la muchedumbre que se asemeja al mecerse de camelias y rosas besadas por el áura, las pintadas lanchas y las espléndidas carrozas que arriban ó se alejan para tomar ó dejar nuevos colores en aquel mar de color, el confuso rumor de los cantos, de la flauta, de la zampoña, de los gritos inarmónicos infantiles; en el corazón, repito, de aquella belleza de verde con todos sus distintos tonos, y de sombra con todas las variantes del claro-oscuro, y contrastando acá ó allá tal

cual paisaje en lontananza visto á pedazos por entre los desgarrones de la espesa selva, ofrecen un espectáculo tan alegre y tan nuevo, tan original y rico, que al contemplarlo ardemos instintivamente en deseos de aplaudir, exclamando como si estuviéramos ante una escena teatral:—¡Bravísimo! ¡Bravísimo!

*
*
*

Y aun allí, á pesar de tamaños incentivos, es muy raro sorprender un turco y una turca que se enamoren con lánguidas miradas ó con sonrisas y gestos de inteligencia.

Allí no existe la galantería *coram populo* de nuestros países, ni se dan casos de centinelas melancólicos nocturnos ó diurnos al pié de las rejas de la amada, ni retaguardias de amantes afanosos y solícitos que caminan por espacio de tres horas tras las huellas del adorado tormento.

El amor se hace enteramente en casa.

Si por casualidad se tropieza con un joven trovador turco que lanza en calle solitaria apasionados ojeos á dos brillantes pupilas que relucen tras una celosía, bien puede asegurarse que son

novios. Solo á los desposados se les consiente el servicio de ronda, escolta y demás puerilidades del amor oficial, tales como el lenguaje á distancia de las flores, de los colores por medio de cintas, ó de las prendas de vestir.

Y en este ramo son maestras las turcas.

Poseen para tales casos un arsenal de flores, frutas, yerbas, plumas, plantas, piedras, objetos varios; cada uno de los cuales, en suma, posee significacion determinada y convenida, que sirve de epíteto, de verbo y hasta de proposicion entera y verdadera. De modo tal, que con una letra y un manojito de hojas, ó un ramo de flores ó una cajita ó una bolsa repleta de cosillas, echan un discurso completo. Y como el significado de cada objeto, por lo general lo expresan mediante un verso, cada amante se halla en disposicion de componer una poesía lírica y hasta un poema en variedad de metros durante el espacio de cinco minutos.

El pétalo de un clavel, una tajadita de pera, un pedacito de jabon, una tira de papel, un fósforo, un cabo de hilo de oro, una cortecilla de canela ó un grano de pimienta, quieren decir:

«Hace mucho tiempo que te amo.»—«Que languidezco de amor.»—«Que muero de amor por tí.»—«Dame alguna esperanza.»—«Que me abra-so de pasion.»—«No me rechaces.»—«Respóndeme una palabra.»

Y fuera aparte el amor, se pueden decir mil

cosas: dar quejas, consejos, advertencias, noticias. Y es grande ocupacion de las jovencuelas en los albores de los primeros latidos del corazon, aprender este diccionario simbólico y combinar largas cartas dirigidas á bellos sultanes de veinte años, vistos en sueños.

Lo propio hacen para el lenguaje de los gestos, algunos de los cuales son graciosísimos; el que por ejemplo ejecuta el hombre fingiendo que se atraviesa el pecho con un puñal, y que significa:—«Estoy herido por las fúrias del amor;»—al cual responde la mujer dejando caer los brazos á lo largo, de modo que se abra un poco el *fereché*, y que significa:—«Te abro mis brazos.»

Pero seguramente no hay un europeo que haya jamás sorprendido uno de estos gestos ó ademanes, que por otra parte son ahora más bien tradiciones que usos; los cuales no se aprenden nunca de los turcos, que se avergonzarían de narrarlos, sino de alguna ingénuu *hanum* que se confía á cualquiera amiga cristiana.

*
*
*

Por idéntico método se conoce el modo de vestir de las mujeres turcas dentro de las paredes

del haren; de ese traje caprichoso y pomposo de que todo el mundo tiene una idea, y que concede á cualquier mujer la dignidad de una princesa y la gracia de una chiquilla.

Nosotros no lo veremos nunca, á ménos que la moda lo introduzca en nuestros pueblos; porque aunque caiga un día el *fereché*, las turcas vestirán entonces á la europea, hasta por dentro.

¡Qué rabia para los pintores, y qué lástima para los demás!

Y es preciso imaginarse la turca (según mis informes), «esbelta como un ciprés,» y coloreada «con todos los matices de las rosas;» un gorriño de terciopelo rojo ó de tisú de plata, echado hácia la sien derecha; las trenzas negras, colgando por la espalda; sobrevesta de damasco blanco recamada de oro, con mangas de bullon y larga caída, abierta por delante, para dejar ver dos anchos calzones de seda encarnados que caen en pliegues sobre el cuello de dos zapatitos de punta retorcida hácia arriba al gusto chino; faja de raso verde á la cintura, y diamantes al cuello, en el pecho, en los brazaletes, en las trenzas, en el casquete, en las babuchas, sobre el cuello de la camisa, sobre la cintura, circundando la frente, diamantes, en fin, por todas partes, y reluciendo de piés á cabeza como una vírgen de catedral española.

Siéntanse, en actitudes infantiles, sobre anchos divanes, en el centro de numeroso coro de

bellas esclavas circasianas, árabes ó persas, envueltas cual estatuas antiguas en largos paños.

Imagínense mis lectores una esposa «blanca como la cima del Olimpo,» vestida de raso celeste y cubierta por amplio velo de tisú de oro, reclinada sobre rica otomana adornada de perlas, ante la cual el esposo, arrodillado sobre un tapiz de Teheran, pronuncia su última oración antes de descubrir su tesoro. O representense la favorita enamorada que espera á su señor en la estancia más secreta del haren, vestida solo con la chaqueta zuava y los calzones, poniendo así de relieve todas las gracias de su flexible cuerpo, y dando al par que á su figura, el tipo de esbelto y elegante paje... Y, forzoso es convenir que aquellos feos y antiestéticos *turcos reformados*; esto es, turcos del día, con la cabeza pelona y la levita negra abotonada, tienen más, mucho más de lo que merecen.

Tal vestuario de casa vá sujeto, empero, á los caprichos de la moda.

Las mujeres, no teniendo otra cosa que hacer, pasan el tiempo buscando nuevos tocados, nuevos prendidos y nuevos ropajes. Se cubren de galas, se colocan cintas y plumas en el cabello, bandas por corona, pieles en la garganta y en los brazos; toman, en fin, de cada vestidura de gusto oriental una cosa, y mezclan, por añadidura, la moda europea con la turca. Usan á lo mejor, pe-

lucas ó bisonés, se tiñen el pelo de negro, de rubio, de rojo, é inventan tantas extravagancias como ciertas mujeres desenfundadas de las grandes ciudades europeas.

Si en las Aguas Dulces un dia de fiesta se pudiesen hacer desaparecer, al toque mágico de una varita de virtudes todos los *fereché* y todos los velos, es decir, todos los trajes exteriores, se verían turcas vestidas de reina asiática, á la moda francesa, de gran señora para asistir á baile de etiqueta, de vendedoras de gran gala, de vivanderas, de griegas, de gitanillas, de Amazonas... de tanta variedad de trajes, uniformes y vestimentas, en resúmen, cuantas se ven pertenecientes al sexo masculino en el puente de la Sultana Validé.

*
**

Las habitaciones que ocupan estas bellas y ricas mujeres mahometanas, corresponden á su magnífico, seductor y extraordinario modo de vestir. Las estancias reservadas para ellas en las viviendas, están, por lo general, bien situadas, en lugares desde donde se disfruta de buenas vistas al campo ó al mar ó sobre Constantinopla. Debajo hay

jardines cerrados por altos muros tapizados de yedra y jazmines; encima, un terrado; hácia la parte de la calle, cierres de cristales, iguales á los *miradores* de las casas españolas.

El interior es delicioso. Los cuartos pequeños se encuentran cubiertos de tapices, alfombras ó esterillas chinas; los techos, pintados, siendo asunto predilecto frutas y flores; amplios y cómodos divanes á lo largo de las paredes; una fuente-cilla de mármol en el centro, tiestos, jarrones, macetas en las ventanas y la luz vaga y suavísima propia de las casas orientales, luz de selva, luz extraña y agradable de qué sé yo, de claustro, de lugar sagrado, que obliga á andar de puntillas, á hablar en voz baja, á no pronunciar sino palabras humildes y dulces, á no pensar más que en Dios y en cosas celestiales.

Esta luz lánguida, el aroma de los jardines, el murmullo del agua, las esclavas que se deslizan como sombras, el silencio profundo que reina en toda la casa, las montañas del Asia, cuyos azulados y carmíneos tonos lejanos se divisan en el horizonte á través de las flores, las rejas, y las ramas de la madre selva, que forman cortinaje á la ventana, ese conjunto poético, despiertan en el ánimo de las europeas que penetran dentro de aquellos muros, un sentimiento inexplicable de dulzura y de melancolía.

El decorado de la mayoría de tales harenes es

CAPILLA ALFONSO

sencillo y cuasi severo. Mas los hay tambien de espléndidas cámaras con las paredes cubiertas de raso blanco bordado de oro, techos de cedro, rejas doradas, muebles preciosos.

Por el mobiliario se adivina la vida.

No se ven sino poltronas, otomanas grandes y pequeñas, tapices de todos tamaños, cojines de varias formas, almohadones de diferentes hechuras forrados de ricos chales y primorosos brocados, banquetillas y taburetes de distinta altura; un mobiliario, en suma, todo molicie y abandono que invita de mil modos, diciendo elocuente:—Siéntate, échate, estírate, adormécete, ama y sueña.

Hállanse de cuando en cuando espejitos de mango y largos abanicos de plumas de avestruz; cuelgan de las paredes cinceladas chibukas; jáulas de pájaros en los huecos de las ventanas y las puertas; braserillos para perfumar, en medio de las habitaciones; relojes de música por las mesas; juguetes y bagatelas de toda especie que acusan los mil caprichos pueriles propios de descaradas mujerzuelas que se aburren.

Y no hay únicamente lujo en las cosas que se ven á primera vista, si que tambien en cuantos objetos se usan en el servicio doméstico. Existen, por ejemplo, casas en donde el servicio de mesa es de plata sobredorada; de oro macizo, los pebeteros; las servilletas de raso con galones y fleco de oro; y brillantes y piedras preciosas, en las tazas

de café, en las ánforas, en las pipas, en los muebles de tapicería, en los abanicos, en los cubiertos; de igual manera que hay otras, en mayor número naturalmente, donde nada ó casi nada ha cambiado, de la antigua tienda árabe ó tártara, todo cuyo menaje puede cargarse en el lomo de un mulo, en las cuales todo está dispuesto para una nueva peregrinacion á través del Asia; casas vírgenes mahometanas y austeras, en las que cuando llegue la hora de partir no sonará sino la voz humilde y resignada de su dueño, diciendo:—¡*Olsun!* Amén.

* * *

La casa turca, como todo el mundo sabe, está dividida en dos partes: el *haren* y el *selamlík*. El *selamlík* es la parte reservada al hombre. Aquí trabaja, come, recibe á los amigos, reposa la siesta, y duerme, «las noches que el amor se lo permite.»

La mujer no penetra jamás en el *selamlík*. En este es dueño el hombre; en el *haren* es dueña la mujer. Ella administra y gobierna á su antojo, con absoluta libertad, excepcion hecha de la recepcion de visitas de hombre. Cuando no se halla